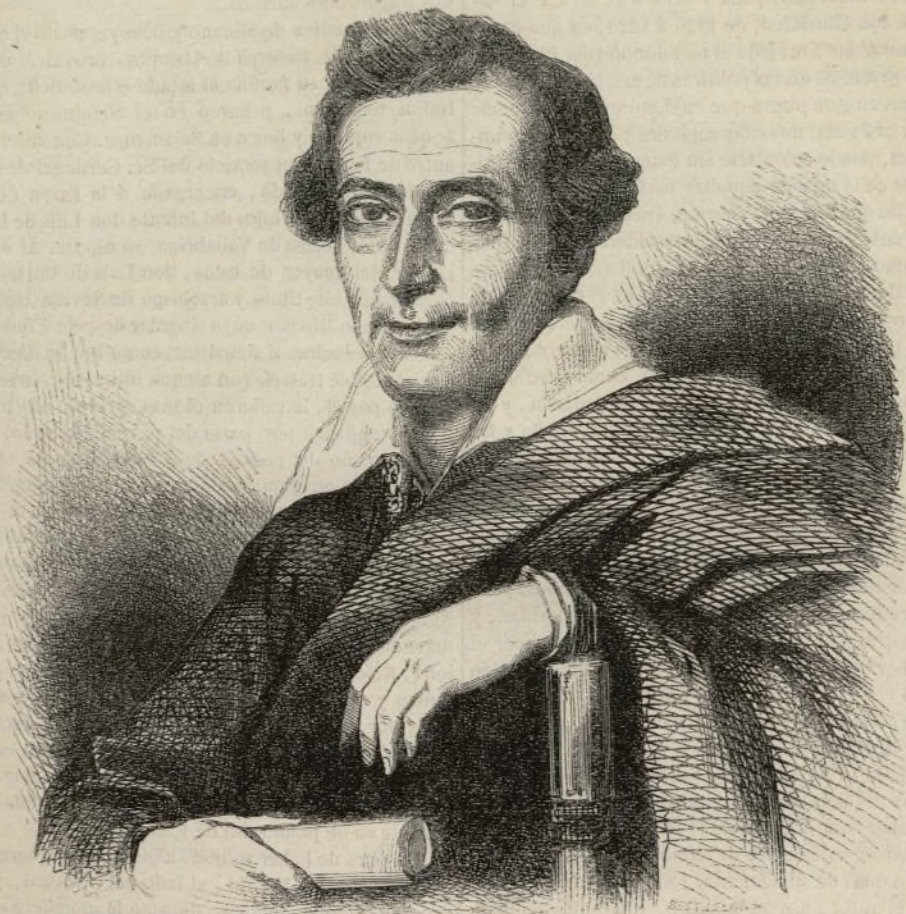




MUSEO DE LAS FAMILIAS,

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



DON SEBASTIAN DE MIÑANO Y BEDOYA.

El día 6 de febrero del año 1845, á las dos de la tarde, falleció en Bayona de Francia uno de los mas claros ingenios, y de los mas amenos y elegantes escritores españoles de este siglo, el presbítero y doctor don Sebastian de Miñano y Bedoya. Sus restos mortales yacen sepultados en el cementerio de la ciudad de San Sebastian, en Guipúzcoa.

No ha sido nuestra España por desgracia bastante fecunda de escritores ilustres en este siglo, para que los amigos de sus glorias miren con indiferencia la grata al par que triste tarea—(¿quién duda que hay en el mundo *placeres tristes*?)—de recoger noticias fieles de la vida y escritos de

los pocos, cuyos nombres, por un orden regular, parecen destinados á sobrevivir en la posteridad.

Brillan en nuestros dias tan fácilmente y se desvanecen con tanta rapidez las reputaciones literarias, que no es en verdad materia de poco momento decidir cuáles de ellas renacerán en lo futuro, y cuáles no, sin contar las que tienen el raro mérito ó la fortuna de perseverar ilesas desde el primer día de su aparicion, y que no por eso pueden juzgarse seguras de vivir en la memoria de los hombres, mucho mas que los mismos que las disfrutaban.

En punto á *opinion*, sabido es que la de los contempo-

SEGUNDA SERIE.—1839.

AÑO XVII. 1.

ráneos no siempre recibe la sancion de los venideros; y aun por eso mismo, parécenos que, pocos y no muy decisivos en nuestros juicios, eminentemente falibles, debemos los contemporáneos ser pródigos de lo único seguro que podemos dar á aquellos, es á saber, de noticias circunstanciadas de los escritores á quienes han de juzgar definitivamente, noticias que ellos no podrian proporcionarse sin grandes dificultades, y cuya posesion no es siempre indiferente para el cabal acierto en los juicios que han de formar.

Hubo una época, ya lejana de nosotros, en que el nombre de Miñano, saliendo súbitamente de la oscuridad, adquirió una gran fama en España y América: tal fué el segundo período constitucional, de 1820 á 1823, en que aquel escritor empezó á dar á luz bajo el pseudónimo del *Pobrecito holgazan*, las preciosas cartas políticas de este título. Un solo hecho dirá mas en este punto que cualesquiera reflexiones: reimpresas en casi todas nuestras capitales y en muchos puntos de América, puede calcularse sin exageracion, que la tirada hecha de cada una de aquellas cartas pasó de 60,000 ejemplares. Esto que hoy sería enorme, era entonces enormísimo, monstruoso, y solo se explica considerando el verdadero entusiasmo que escitaron en el público; entusiasmo merecido sin duda, no solo juzgándolas en el concepto de escritos de circunstancias, sino por su sana doctrina, por su correcto y puro lenguaje, que alguna vez recuerda el de nuestro inmortal Cervantes, y sobre todo, como felicísimos cuadros de costumbres. Al mismo género pertenecen, y no menor aplauso obtuvieron, las *Cartas del Madrileño* y las de *Don Justo Balanza*, que publicó por el mismo tiempo, aquellas en el excelente periódico *El Censor*, de que fué director y uno de los mas asiduos redactores; estas en folletos sueltos como las del *Pobrecito holgazan*, opúsculos que hoy nadie lee, porque la corriente de los sucesos y de los intereses se lleva la atencion pública á otros lados, pero que, á nuestro humilde sentir, vivirán en la posteridad, y en los que, por lo menos, siempre habrá que reconocer el mérito de haber abierto en nuestros días la senda que luego han recorrido con tanto lucimiento, entre otros, el inolvidable *Figaro*, *El Estudiante* y *Fray Gerundio*.

Bajo muy distinto concepto volvió pocos años despues á resonar con crédito en todos los países en que se habla nuestra lengua, el nombre de don Sebastian de Miñano, con ocasion de haber dado á luz desde el 1826 al 1829 su *Diccionario geográfico y estadístico de España y Portugal*, en 10 tomos, y uno más de suplemento. Es esta la única de sus obras á que el autor puso su nombre, y la única tambien que, no obstante su natural modestia, que casi rayaba en indiferencia hácia sus producciones literarias, cuyo mérito casi parecia desconocer en medio del general aplauso, escribía en él un poco de muy legítimo orgullo. Muchas veces le oímos decir que tenía la convicción de haber prestado á su patria un verdadero servicio con la publicacion de aquella obra; y así era en efecto la verdad, pues á pesar de sus defectos, que él era el primero en reconocer, allanó con ella las primeras dificultades, y abrió por decirlo así la senda por donde pudieran otros llegar á mayor acierto. Tal era su vivo deseo, expresado por él en todas ocasiones con laudable ingenuidad y con su vehemencia característica; deseo que no tardó en verse realizado con la aparicion de un nuevo *Diccionario geográfico, estadístico, histórico*, que honrará siempre el nombre de su autor el señor don Pascual Madoz.

Hemos citado las principales obras literarias de Miñano: vamos ahora á dar un brevísimo resumen de su vida, citando de paso los títulos de sus otras producciones, menos conocidas que aquellas, aunque no menos apreciables, en especial la *Historia de la revolucion de España durante los años de 1820 al 1823, por un testigo ocular*; á la cual no dió su nombre, y que publicó en París en 1835, primero en francés y luego en castellano, ampliándola mas adelante con un segundo volumen, que contiene la *Historia de la revolucion de 1836*. Creemos que nunca han sido juzgados con mayor imparcialidad ni con mas elevado criterio aquellos importantes sucesos.

Don Sebastian de Miñano y Bedoya, nació el año de 1779 en la villa de Becerril de Campos, provincia de Palencia. Destinado por su familia al estado eclesiástico, hizo sus estudios teológicos, primero en el Seminario conciliar de aquella capital, y luego en Salamanca. Concluidos aquellos, entró de familiar al servicio del Sr. Cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, encargado á la sazón de la tutela y crianza de los tres hijos del infante don Luis de Borbon y de doña María Teresa de Vallabriga, su esposa. Al servicio particular del mayor de estos, don Luis de Borbon, despues cardenal de este título y arzobispo de Sevilla, fué desde luego destinado Miñano, cuyo singular despejo é índole eminentemente seductora ó simpática, como hoy se dice, tanto que era imposible tratarle con alguna intimidad sin sentirse subyugado por él, le valieron el mas cariñoso afecto y una estrecha confianza por parte del purpurado niño. Cuando en el último año del pasado siglo hubo éste de trasladarse á Sevilla para encargarse de aquel arzobispado, Miñano fué uno de los que le acompañaron, llevando ya el carácter de primer oficial de su secretaría. Allí trabó íntima amistad con los hombres que mas brillaban á la sazón en el cultivo de las letras y de las ciencias, Cean Bermudez (don Juan Agustín), don José Isidoro Morales, uno de los mas insignes matemáticos que ha tenido España, don Manuel José de Arjona, Reinoso, Lista, Blanco (don José María): jóvenes entonces y unidos, como queda dicho, por un estrecho afecto, y por el comun amor al estudio, hoy lo están todos en el sepulcro;—todos menos el último, muerto empero tambien para España y para nuestra fé, pues convertido en ciudadano inglés, era no hace todavía muchos años pastor protestante en un pueblecito de Escocia.

Despues de haber residido algun tiempo alternativamente en Sevilla y en Madrid, al lado del cardenal, y de haber prestado grandes servicios durante la mortífera epidemia de fiebre amarilla que afligió á gran parte del reino, y muy señaladamente á la primera de aquellas ciudades y á su provincia en el año de 1800, fué Miñano agraciado con una prebenda entera en la catedral de la referida ciudad de Sevilla, donde residió casi sin interrupcion hasta el año 1812. Trasládose poco despues á Francia, no por motivo alguno político, sino porque preveía los desórdenes y males sin cuento que amenazaban á su país, y que él ciertamente no podia prevenir ni remediar; renunció ademas su prebenda, y de regreso en España en 1816, se estableció en Madrid donde continuó sin interrupcion, salvo un rápido viage que hizo á París en 1828, hasta la época en que definitivamente fijó su residencia en una quinta de las cercanías de Bayona, que fué en 1831. Dicha quinta, de su propiedad, denominada *Bourouchoury*, nombre cuya etimología, aunque cor-

rompida, recuerda la antigua dominacion inglesa en aquella parte de Francia, es la tercera que se encuentra saliendo de aquella ciudad, á la mano derecha, sobre el camino real de España; lugar bien conocido, mientras vivió el señor Miñano, de todos los españoles desgraciados de las diferentes emigraciones que han afligido á nuestro pais desde la muerte del último monarca.

Pocos momentos antes de su muerte, y ya harto quebrantada su salud, dejó el señor Miñano su residencia campestre para trasladarse á la casa señalada con el núm. 22 en la plaza de Armas, hoy de la Libertad, en Bayona, en cuyo piso principal exhaló, como dejamos dicho al principio de estos apuntes, el postrer suspiro el 6 de febrero de 1845.

Las obras que conocemos del señor Miñano, á mas de las ya citadas son: *Un discurso sobre la libertad de imprenta*, presentado á las Cortes de 1820 en su primera legislatura;—*Los usos y derechos imprescriptibles del pueblo soberano por escelencia*;—*la Relacion histórica de la batalla de las Platerias*, denominacion burlesca que se dió al peligroso motin ocurrido en Madrid el 18 de setiembre de 1821, con ocasion de haberse empeñado el populacho en pasear por las calles en procesion el retrato de Riego, lo cual logró impedir con singulares tino y energía el gefe político que era á la sazón don José Martinez de San Martín;—*las Ingratitudes del pueblo español*; *las Sesiones de Cortes interceptadas por esos caminos*; *los Aristides modernos*; *las Reflexiones de un español dirigidas á S. M. sobre la situacion actual de los afrancesados* (mayo de 1820); y algunos otros folletos mas (pues como folletos se publicaron en su tiempo, del 20 al 23, todos los escritos que dejamos referidos, por lo cual es muy difícil su adquisicion), de polémica con un crítico muy conocido que, bajo el supuesto nombre de don Juan Alvarez, censuró tan acerba como injustamente su *Diccionario geográfico*. Suyas son tambien una traduccion de la *Historia de las revoluciones de la medicina*, por Cabanis, que imprimió en Madrid en 1820, y la de la *Historia de la revolucion francesa*, por Mr. Thiers, que publicó en San Sebastian desde el 1840 al 1841;—suyos dos lindísimos artículos de costumbres de principios de este siglo, que firmados por él, se leen en la *Revista enciclopédica*, periódico que escribían en París por los años 41 y 42 don Patricio de la Escosura y el autor de estas líneas. Por último, en la *Revista hispano-americana*, de que salieron á luz algunos números en 1848, bajo la direccion de los señores Mora y Madrazo (don Pedro), se publicaron con el título de *Opúsculos inéditos del doctor don Sebastian Miñano* (páginas 95, 129 y 321), dos nuevas cartas de un *Pobrecito holgazán*, la segunda incompleta, —una *Carta á un amigo sobre las purificaciones y la amnistia* (25 de julio de 1825), carta que aunque no publicada en aquella época, lo cual no era posible, fué efectivamente dirigida al señor don Juan Manuel de Grijalva, secretario que era á la sazón de la Real estampilla, por lo que más aun que un excelente escrito puede considerarse una excelente accion; y por fin otra *Carta á un amigo sobre el Consejo de Estado actual* (abril de 1826).

El retrato del señor Miñano que acompaña á este artículo, está copiado de uno parecidísimo y superiormente pintado, que ejecutó al óleo en 1830 el señor don José de Madrazo, y que hoy posee el autor de estos apuntes.

EUGENIO DE OCHOA.

SINONIMOS CASTELLANOS.

CAPCIOSO, INSIDIOSO.

Capcioso se refiere, más bien que á obras, á palabras, sean orales, sean escritas; *insidioso*, á palabras y á obras. Una pregunta hecha con malicia, una especie que se suelta como sin designio para ver qué efecto produce, una alabanza más interesada que sincera, admiten cualquiera de los dos adjetivos. Llámase *insidioso*, con más propiedad que *capcioso*, una dádiva hecha con intencion de corromper al que la recibe, aunque otras apariencias la cohonesten, y asimismo cualquiera asechanza que se ponga en ejecucion, cualquier lazo que con hechos se tienda á la credulidad y buena fe del prójimo.

Conviene tambien tener presente que entre estos dos nombres hay la notable diferencia de que el primero no es calificativo de personas, y el segundo sí. Se dice que un argumento es *capcioso*, mas no que sea *capcioso* quien lo emite: fingir que se hace causa comun con otros, para saber sus secretos y tal vez para venderlos, es un acto *insidioso*, y es *insidioso* tambien el que á éste ó semejantes medios recurre para medrar.

CARENCIA, FALTA, PRIVACION.

La *carencia* y la *falta* no suponen en general, como la *privacion*, que se ha tenido lo que en la actualidad no se tiene. *Carencia* ó *falta* de recursos, de amigos, de derechos, son igualmente las que en el dia se sufren y las que siempre se han sufrido: en el primer caso pueden suplirse con la palabra *privacion* las otras dos; mas no en el segundo, sin que nos ocurra otra excepcion que la *ceguera*, la *sordera* y otras semejantes penalidades, á las cuales, sean ó nó de nacimiento, se suelen aplicar indistintamente las tres dicciones. El que sufre la *privacion* de un empleo, de un mueble, de la opcion á una herencia, de un placer, del amor, del consuelo, de la comunicacion con personas que le son útiles ó queridas, claro es que de todo esto *carece*, que todo esto le *falta*; pero es claro tambien que ha poseido el empleo, la expectativa de heredar, la joya, el amigo, el valedor, etc., y que su pena debe ser mayor, porque compara el malestar presente con el bienestar perdido; y de este torcedor se libra el que, si hoy no tiene un goce, tampoco le tuvo ayer, ni acaso le deseó. Y si, como hemos dicho, hay ocasiones en que á la *privacion* se puede llamar tambien *falta* ó *carencia*, no es posible sustituir aquella diccion á estas cuando se trata de cosas que los hombres no pueden dar ni quitar, como el talento, la agilidad, la gracia, la juventud, la buena índole, y otras mil.

Para otras, como la tontería, la fealdad, el oprobio merecido, los defectos corporales ó dolencias incurribles, y en general para todo lo que es aflictivo ó malo, pueda ó no remediarse, no ha lugar á *carencia* ni *falta* ni *privacion*, pues los tres términos tienen de comun el aplicarse á la ausencia del bien, mas no á la desaparicion del mal. Nadie dirá por ejemplo: «Con la *carencia* de la erisipela ha recobrado mi primo su buen humor;—¿Qué dichosos son los jóvenes con la *falta* de la vejez!—¿Cuándo me dejará respirar la *privacion* de tantas visitas importunas y tantos encargos molestos?»

Cierto es que el verbo *faltar* se aplica á cosas malas; se dice, v. g., hoy me ha *faltado* la terciana; pero no alcanza este privilegio al sustantivo *falta*, ni aun cuando se refiere á cierto no bien llamado achaque del bello sexo, pues el verdadero achaque es la supresion ó suspension de funciones más ó menos incómodas, pero naturales.

Advertiremos asimismo que (aparte de otras acepciones bien sabidas y sin conexión con *carencia* y *privacion*) el vocablo *falta* se usa muchas veces en sentido ménos trascendental que aquellos, á saber: «Por *falta* de un voto no salí diputado;—Á *falta* de buenos mi padre es alcalde;—Lo hará sin *falta*;—Me hace *falta* el libro que presté,» y otras varias locuciones que denotan la pérdida ó no posesion de cosas insignificantes: ninguna de ellas se puede variar diciendo, en lugar de *falta*, *privacion* ó *carencia*.

Carencia no tiene nunca plural; *falta* lo tiene en algunos conceptos, en otros no; *privacion* lo ha adquirido de poco tiempo á esta parte, y en él no varía el significado de la voz: no son propiamente *privaciones* las miserias del que nació y siempre fué pobre, sino las necesidades no satisfechas del que echa de ménos el regalo, ó siquiera la mediana comodidad con que vivió en dias para él más felices.

CASERO, DOMÉSTICO.

Ambos adjetivos significan lo que pertenece, corresponde ó se refiere á la *casa*; mas si en algunas de sus aplicaciones los ha hecho sinónimos el uso, en otras se emplea el primero y no el segundo, ó vice versa, aunque siempre con referencia más ó ménos directa al vocablo *casa*, que en nuestra lengua equivale al latino *domus*. Se puede decir indistintamente faenas *caseras* y faenas *domésticas*, y lo mismo costumbres, goces, disputas, virtudes, animales, aunque á éstos ya cuadra mejor el epíteto de *domésticos*. Fuera de estas locuciones y alguna otra, la práctica propende á llamar *casero* á lo que materialmente se hace en *casa*, y *doméstico* á lo que dice relacion con la vida de familia: de aquí lienzo *casero*, remedio *casero*, comedia *casera*; tranquilidad *doméstica*, discordia *doméstica*, deberes *domésticos*, etc., sin que en tales ejemplos se pueda sustituir el un adjetivo por el otro.

Calificamos, sin embargo, de *casera*, no de *doméstica*, á una mujer recogida y hacendosa, y en esta expresion se incluyen á la vez la idea del trabajo material, la del apego á su vivienda y la del amor á su familia.

Sustantivados ambos nombres, se designa con el de *casero*, no con el otro, al dueño de una casa respecto de sus inquilinos, y tambien en algunas provincias al que cuida de una granja ó cortijo que no le pertenecen. Á los criados que bajo un mismo techo viven con sus amos, se les llama alguna vez *domésticos*; *caseros* nunca.

CAUSA, MOTIVO, MÓVIL, RAZON.

No tienen igual valor estas palabras, aunque es muy común el emplearlas como sinónimas, especialmente la primera, la segunda y la cuarta. Hay *causas* que pueden producir y producen efectos, sin que en ello tengan parte ni los sentimientos, ni los instintos, ni la inteligencia de los hombres: tales son todas las que llamamos naturales, como el fuego, que necesariamente enjuga, seca, calienta, quema,

el frío, la lluvia, las mareas y otras cien cosas, que para obrar reciben directa y únicamente el impulso del sumo Hacedor. Otras muchas causas nacen de las criaturas animadas; pero sí, por tanto, son voluntarias, no así sus consecuencias, reservadas en cada caso á la divina voluntad, sin que tales causas obedezcan á leyes invariables, como generalmente acontece con aquellas en que el hombre no interviene. Así el juego, que empobrece á muchos, enriquece á algunos; y aunque para todos es vicio reprehensible, ya suele conducir á otros mayores, ya lo abandonan por satisfechos y prudentes los que ganan, por escarmentados los que pierden.

Del *motivo* diremos que es aplicable exclusivamente á los seres racionales é inherente á su organizacion, en lo cual se distingue de *móvil*, que sin depender de la voluntad ni de las pasiones humanas (como sucede con los resortes de superior esfera por cuyo medio se realizan tantos fenómenos), ó reconociendo dicha dependencia, ó más bien procedencia, ejerce su accion *motiva*, ciega y mecánicamente sin nuestra actual cooperacion. Así los vientos son *móviles*, no *motivos*, del calor, del frío, de la peste, de la salubridad, etc.; la máquina de un reloj, la de un molino y otras muchas, son otros tantos *móviles*, no *motivos*, con cuyo auxilio, aunque inventadas y construidas por hombres, medimos el tiempo ó satisfacemos otras necesidades de la vida, sin que tengamos precision de *movernos* al compás de ellas; ántes con su mecanismo suplimos en mayor ó menor grado nuestros *movimientos físicos*. Y nos felicitamos de haber tropezado con este adjetivo sin buscarle, porque *físicos* del todo son los *móviles* de la maquinaria, áun impulsados por hombres ó animales; y aunque haya, como hay indudablemente, *móviles morales*, de que provienen resoluciones ó hechos, ya individuales, ya colectivos, estos *móviles* tampoco tienen nada de común, nada de sinónimo con los *motivos*. Su mayor afinidad es con las *causas* por cuanto son sus resultados consiguientes y de ordinario inevitables. Decir, v. g., que una persona no tiene en sus acciones otro *móvil* que la ambicion, es decir que la ambicion está identificada con el individuo, que fatalmente se deja arrastrar por ella. El *motivo*, en fin, es fruto siempre de un *raciocinio*, siquiera sea falso; y el *móvil*, ó es puramente *mecánico*, ó nace, no del *discurso*, sino de la *pasion*.

La *razon* es un *motivo* fundado, *racional*. El que de otro ha recibido un ultraje ó un castigo, y más atento al daño físico ó moral que experimenta que á las *causas* de él, no se apresura á examinarlas tiene *motivo* para quejarse, mientras no advierta ó le prueben que ha llevado su merecido: si ha habido injusticia, ó al ménos error, en imponerle el castigo ó inferirle el ultraje, se quejará con *motivo* y con *razon*.

CEGUEZADA, CEGUERA.

Ceguedad es la falta absoluta, irremediable de la vista. *Ceguera*, propiamente hablando, es tambien falta de vista, pero ó temporal ó no completa, y áun dando más triste significacion á esta voz, consideramos en la *ceguera*, más bien que el estado de *ciego*, la enfermedad que fué causa de tanta desdicha, ó la deformidad que suele ser una de sus consecuencias.

Así, refiriéndonos á los siglos bárbaros, en que fué har- to frecuente el privar de la vista los fuertes á los débiles, los vencedores á los vencidos, á suplicio tan horroroso cuadraría más bien el nombre de *ceguera* que el de *ceguedad*, dado que quisiéramos significarlo por uno de estos sustantivos. Así del que, por efecto de alguna dolencia, veía poco ó nada, y ha recobrado despues tan principal y pre- cioso sentido, no diremos que ha curado de la *ceguedad* sino de la *ceguera*.

En sentido metafórico se suele indicar con ambas voces la tenacidad con que se persiste en una idea, en una pasión en un vicio; pero, si en otros casos puede ser indiferente el decir *ceguera* ó *ceguedad*, nos parece ésta más apropiada que la otra para denotar la vehemencia del cariño. Se cen- sura la *ceguera* ó la *ceguedad* del jugador incorregible, del que lleva adelante cualquier propósito inconsiderado, peli- groso, sin arredrarle las dificultades, sin escarmentarle los contratiempos ni los castigos; pero no se dice que una ma- dre ama con *ceguera* á sus hijos, sino con *ceguedad*.

CENCEÑO, DELGADO, ENJUTO, FLACO.

En sus aplicaciones á personas y animales, *cenceño* (voz poco usada en Castilla) es el cuerpo *delgado* y algo *enjuto*; *delgado* el de poco volúmen; *enjuto* el de pocas carnes y sin morbidez ni jugo; *flaco* el que las ha perdido en parte, siendo las que le quedan flojas y descoloridas.

La calidad de *delgado* es propia de la constitucion del individuo; las de *flaco* y *enjuto* son comunmente accidenta- les. Decir de una persona, á quien no se ha visto en algun tiempo, que está más ó menos *delgada*, no es hablar con propiedad, aunque un uso vicioso lo consienta. Las enfer- medades, los pesares, el hambre ó la abstinencia no *adel- gazan*; *enflaquecen*. Un sujeto *delgado* por su natural orga- nización, puede tener relativamente más carne que otro de mayor corpulencia, porque el *delgado*, sin dejar de serlo puede engordar y enflaquecer. No así el *enjuto*, para quien, si gana carnes, no es ya adecuada dicha calificación. *Cen- ceño* y *delgado* se contraponen á *recio*, *enjuto* á *gordo*, *fla- co* á *grueso*.

CEÑO, ENTRECEJO, SOBRECEJO, ZUÑO.

Con las cuatro voces se explica el fruncimiento ó con- tracción muscular de las cejas, la frente, y aun de toda la cara, señal de enojo, de repugnancia ó de disgusto, advir- tiendo que el principal oficio de *entrecejo* es significar, contraído ó no, el espacio que media entre ambas cejas, pero se toma tambien por el indicado fruncimiento. En esta acepción *ceño*, *entrecejo* y *sobrecejo* son vocablos comple- tamente sinónimos; pero *zuño* se distingue de ellos, no sólo en ser de uso más familiar, sino en que lo más comun es aplicar esta dición á una muestra de desagrado menos mar- cada, menos imponente, digámoslo así, que la entendida por las otras palabras.

Zuño es el *ceño* del niño mal criado, que desarruga su frente, no usada todavía á fuertes impresiones, tan luego como le dan el juguete ó la golosina que anhelaba, ó el de la caprichosa y mimada señorita que con él abusa de la complacencia de su mamá ó de su enamorado; y tal vez

lo finge (el *ceño* es siempre involuntario) porque piensa estar así más interesante, ó por lo que su amor propio se lisonjea viendo que se apresuran á desenojarla.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL CASTILLO DE ATIENZA Y DE PALAZUELOS.

(1446.)

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

I.

El genio activo y penetrante de Fernando III, rey de Cas- tilla y de Leon, se sirvió del entusiasmo militar y religioso de su época para destruir los musulmanes. Precipitose so- bre la Andalucía, y en dos victoriosas campañas ocupó á Baeza y sitió á Córdoba, tan célebre por la cultura de las ciencias de la Arabia y por los nombres de Avicena y Aver- roes, como por los espléndidos trabajos de una dinastía opulenta y magnífica.

El hambre y el hierro hicieron capitular el 16 de julio de 1236 á esta gran ciudad que ciento veinte y dos años an- tes habia sido la capital de los califas.

El culto de la cruz se celebró en su gran mezquita so- lemnemente, purificada por el santo arzobispo don Rodrigo de Toledo; y el rey de Castilla y de Leon descansó en el magnífico palacio que Abderraman habia construido tres siglos antes.

Dos insurrecciones estallan casi al mismo tiempo con- tra los africanos, la una en Valencia de que aprovechándo- se hábilmente Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador, se apodera de aquel reino y las Baleares, y la otra en Gra- nada, donde destronado Abou-Said busca en el campo cris- tiano un asilo y seguridad para su amenazada existencia.

Abandonó el destronado monarca al implorar la genero- sidad de Fernando el reino de Jaen, y ofreció seguir al mo- narca castellano con la mitad de las rentas de sus estados y sus tropas para auxiliarle en sus ulteriores empresas. Fer- nando restablece á Abou-Said sobre el trono de Granada, se ocupa en asegurar la conquista de Jaen, y medita apo- derarse de Sevilla, presentando por primera vez al mundo la cruz de Cristo y las lunas africanas marchando juntas á la conquista de la hermosa capital del Betis.

En esta época vivia en los campos que median entre Si- güenza y Atienza un noble caballero llamado don Alvaro de Palazuelos, honrado y temeroso de Dios, pero muy pobre. Consistia toda su hacienda en un viejo torreón donde ape- nas podia alojarse con su familia y uno ó dos fieles criados. Sin embargo, como la torre tenia un foso y un puente leva- dizo, y se hallaba situada en la cumbre de una roca domi- nando el camino, Alvaro á título de señor podia entonces á favor de las guerras y continuas revueltas que agitaban á Castilla, haber impuesto tributos á los pasajeros, haber sa-



lido á merodear á los campos vecinos como hacian otros nobles y ricos-hombres de aquella época. El caballero era demasiado hombre de bien y temeroso de Dios para cometer semejantes desafueros, y mejor hubiera querido morir de hambre con su buena muger y sus dos hijos, que hacer violencia á las gentes pacíficas y pobres pecheros de su reducido señorío. Sin embargo, había ocasiones en que reinaba la mayor penuria en la torre. La noble castellana con mas frecuencia hilaba el cáñamo ó la lana, que bordaba en ricos tapices de oro y seda. Sus hijos, dos gallardos mancebos de la mas bella esperanza, crecian de dia en dia, y su noble padre pensaba tristemente que á su muerte no tendria nada que dejarles mas que aquella pobre torre, y que el uno tendria que meterse monge, mientras que el otro heredero de su casa tendria que vivir tan pobre y miserablemente como él.

Alvaro tenia ambicion por su familia: quiso ver á su muger rica y contenta en un buen castillo con pages, escuderos y dueñas; quiso sobre todo ver á sus hijos, á quienes queria mucho, con feudos, y capaces de figurar con honor entre los ricos-hombres de Castilla. Pensaba en esto sin cesar, y á costa de su vida hubiera comprado la felicidad y la elevacion de su raza; empero era tan poco afortunado que todo le salia mal. Tan fuerte y valeroso como prudente habia tomado parte en algunas expediciones que habian emprendido los castellanos contra el reino de Aragon, pero en ellas no habia ganado ni honra ni provecho.

Al ver que Fernando III estaba conquistando los reinos de Córdoba y de Jaen, colocó á su muger y á sus hijos en depósito en un convento de la ciudad de Sigüenza, dejó su pequeña torre feudal al cuidado de dos servidores fieles, y sin guardar para sí mas que su armadura, su espada y su caballo, se dispuso á ir á reunirse al rey de Castilla, á combatir á los infieles y ayudarle en la conquista de los reinos de Andalucía.

Cuando llegó el momento de despedirse de su esposa, le abrazó esta anegada en lágrimas; besó á sus hijos que daban grandes gritos viendo marcharse á su padre armado de pies á cabeza, el que aunque profundamente conmovido dijo con valor:

—No lloreis, señora, volveré con la ayuda de Dios. Hasta aquí, sea para probarme, sea porque sin saberlo haya cometido algun pecado, el cielo no ha escuchado nuestros ruegos, y nos ha dejado en nuestra humilde y pobre condicion. Ahora voy á riesgo de mi vida á combatir por la cruz, á libertar los pueblos del yugo infame de Mahoma. Quizás la Virgen María se acordará de nosotros, tened confianza en ella y pedidla sin cesar por mí, á fin de que me conceda un pronto y feliz regreso.

—Así lo haré, mi querido señor y esposo, replicó su desconsolada muger.

Abrazóla de nuevo el buen caballero, así como á sus hijos. Montó despues á caballo, y seguido de un solo escudero, marchó para los campos de Andalucía.

II.

El buen caballero llegó al ejército que hacia la guerra contra los moros en Andalucía, peleó con valor en la batalla del Guadalete, se halló en la conquista de Ubeda, en el ataque y toma de la ciudad de Córdoba y en la gloriosa y

dramática defensa de la Peña de Martos, que era como la llave de toda la tierra de Andalucía.

Mandaba esta fortaleza el conde Alvar Perez, y habiendo tenido que salir del castillo para ir á buscar á Toledo, nuevos víveres y recursos, dejó á la condesa su esposa con solos cuarenta caballeros al mando de don Tello, su sobrino. Entre estos caballeros se hallaba nuestro don Alvaro Palazuelos. Don Tello, jóven ardiente y afanoso de gloria, salió con sus cuarenta caballeros á hacer una correría por tierra de moros, dejando desamparado el castillo.

Alhamar, el rey de Arjona, cayó con su gente sobre la Peña de Martos. Hallábase allí sola con sus doncellas la condesa. Nada podia la fuerza, era preciso que el ingenio supliese al esfuerzo varonil. Hizo que sus damas trocasen las tocas por los yelmos, y que empuñando las armas se dejasen ver en las almenas dando á entender que aun habia hombres que pudieran defender aquel inespugnable castillo. En el ínterin despachó secretamente un mensajero para que llamase á don Tello en tan apurado lance. Alhamar, viendo defensores en la Peña de Martos, la puso cerco y no la atacó de pronto, lo cual hubiese hecho á saber que no habia sino mugeres en la fortaleza.

Acudió don Tello y sus caballeros al llamamiento de la apurada condesa, empero al ver la numerosa morisma que cercaba la Peña, creyeron imposible al pronto poder penetrar por tan espesas filas. Determinados á perecer ó entrar en el castillo, formaron un grupo compacto, rompieron por entre las espesas filas, siendo uno de los primeros que iban abriendo camino el animoso don Alvaro de Palazuelos, y aunque algunos fueron acuchillados, pasaron los mas y llegaron á la Peña con gran contentamiento de la condesa y de sus dueñas. El rey moro desistió de atacar una fortaleza tan intrépida y esforzadamente defendida por aquellos nobles caballeros.

Continuó don Alvaro en sus diarias escaramuzas contra los moros de Jaen. Habia perdido su caballo, su armadura, no tenia para cubrirse sino una mala ropilla de camelina, toda destrozada; sufría ademas mucho con una herida que por falta de cuidado y efecto del calor abrasador se habia exacerbado mucho. Jamás se habia visto mas lejos de los honores y de las riquezas que habia esperado alcanzar en los campos de Andalucía.

Sin embargo, no se desmintió su confianza en Dios. Se curó su herida, le dieron un nuevo caballo y unas nuevas armas, con las que continuó dando sendos tajos y mandobles á los moros. El rey Fernando III mas de una vez reparó en el valiente Alvaro cuando corria tras los infieles; ademas, viendo que don Alvaro tenia gran prudencia, era experimentado en la guerra y atento en cumplir sus deberes religiosos, le cobró afecto, y mas de una vez le llamó á sus consejos, entre los mas notables capitanes y ricos-hombres de su ejército. Asistió al cerco y entrega de Jaen, siendo uno de los caballeros cristianos que acompañaron en su entrada en aquella capital al rey Fernando III.

III.

A pesar de haberse sometido el reino de Jaen á las armas del rey de Castilla, los moros de las provincias comarcanas hacian frecuentes correrías talando los campos y de-

gollando bárbaramente á cuantos destacamentos del ejército cristiano podían sorprender.

Un día en que don Alvaro Palazuelos con otros caballeros cristianos se dirigía desde Jaén á Ubeda, donde había sentado sus reales el monarca castellano, al atravesar por un inmenso arenal abrasado por el sol y rodeado de algunos peñascos, llegaron á un sitio donde recientemente había habido una horrenda matanza. Yacían inanimados en el suelo, empapada en sangre la arena de alrededor, cinco ó seis cuerpos. Temblando experimentar igual suerte iban á apretar el paso de sus caballos al pasar los compañeros de don Alvaro, cuando este con voz compasiva les dijo:

—Por amor de Dios, señores, tened la brida de vuestros caballos, y volved los ojos hácia esos pobres muertos que están en la orilla del camino. Reparad, os ruego, que no son cuerpos de bárbaros sarracenos, sino de religiosos cristianos asesinados sin duda por los infieles. Veamos si podemos dar algun socorro á esos venerables mártires, porque no será bien que nosotros que combatimos por la cruz permanezcamos indiferentes á los padecimientos de nuestros hermanos en Jesucristo.

Al hablar así se apeó del caballo el buen caballero. Pensaba que los demás iban á hacer lo mismo imitándole, pero no fué así.

—Señor don Alvaro, le dijo uno de ellos con impaciencia, esas gentes están muertas y muy muertas, como podeis verlas, porque no se menean y han perdido toda su sangre. Los malvados que los han puesto en ese estado quizás se ocultan en esas rocas y nos están acechando para cargarnos. En mala hora os ha dado la gana de detenernos aquí. Pronto, montad otra vez á caballo, porque cada instante que perdemos puede costarnos un miembro. Arriba, pues, ó si no, ¡vive Dios! que ahí os dejamos á riesgo de la vida.

Los demás caballeros, por el miedo que sin duda tenían de encontrarse con algunos moros, aprobaron lo que decía el que acababa de hablar, y apremiaron á don Alvaro á que montase inmediatamente. El al contrario les instaba para que se apeasen. Y como ni el uno ni los otros querían ceder, los cristianos metieron espuelas á sus corceles y salieron inmediatamente al galope, sin querer aguardarle ni aun responder á las voces con que los llamaba.

—Dios os guarde! dijo el buen caballero, yo obraré según mi conciencia y mi religion.

Al mismo tiempo se puso á examinar uno tras otro aquellos cuerpos tendidos sobre la arena, pensando encontrar en ellos un resto de vida. Fallida quedó su esperanza, cuantos tocó habían pasado á mejor vida. Trataba ya Alvaro de ir á reunirse con sus compañeros, cuando vió un cuerpo en el que al pronto no había reparado; era el de un anciano muy anciano que llevaba una túnica de tosco sayal y una cruz de madera al cuello. Su lengua blanca le llegaba hasta el pecho; su rostro era tan magistoso que no podía mirársele sin respeto. Pronto echó de ver Alvaro que todavía respiraba aquel anciano. Colocando una rodilla en tierra, sacó de su seno unos trapos y un frasquito de bálsamo, curó la llaga que el pobre monje tenía en la frente. Reanimado con este cuidado, abrió los ojos el anciano y no tardó en medio levantarse del suelo en que yacía.

—Dios os lo pague, hijo mio, porque me habeis socorrido, dijo con bondad, y su bendición descendía sobre vos y

sobre vuestra posteridad. Apresuráos ahora á marchar, porque no teneis seguridad alguna aquí en este sitio de desolacion.

—No haré yo tal, buen padre, respondió el caballero, si no me decís quién os ha maltratado de esa suerte, y qué puedo hacer aun por serviros.

El anciano monge le contó en pocas palabras, que dirigiéndose á Ubeda desde Castilla, á donde había llegado de Tierra Santa con aquellos religiosos caballeros cuyos cadáveres se hallaban tendidos en el suelo, habían sido asaltados por un destacamento de moros de los que desde Granada hacían frecuentes irrupciones en los pueblos del reino de Jaén.

—No deben estar lejos, prosiguió, y si os ven, os matarán sin compasion..... Creedme, abandonadme á la Providencia, y Dios os pague el servicio que me habeis hecho.

—Mala opinion habeis formado de mí, replicó el valiente Alvaro, si pensais que yo os he de abandonar en el estado en que estais. Os ruego, buen padre, que monteis en mi caballo, yo lo llevaré del diestro, y tal vez así, nos pondremos en salvo.

Mostróse una sonrisa en los labios del monge, sin embargo, replicó éste:

—Cómo he de lograrlo, hijo mio, estoy tan débil..... no podré tenerme á caballo sin ayuda.

—Yo os llevaré en mis brazos, padre mio, y montaré detrás para impediros que os caigais.

—Pensad, hijo mio, en que vuestro corcel está ya muy cansado, y no podrá con esta doble carga; además, si esos malditos sarracenos nos persiguiesen, sin trabajo alguno nos alcanzarían, y yo tendria la culpa de vuestra muerte.

—Sucederá lo que Dios quiera: en caso de desgracia espero que la Virgen Maria intercederá con su divino Hijo, para que mire con compasion á mi pobre muger é hijos que están aguardando mi vuelta en Castilla.

Sonrióse el monge y dijo al caballero:

—Hágase lo que gustais, hijo mio; pero antes de que monte en vuestro caballo, mirad detrás de esas rocas donde encontrareis una cajita que he ocultado allí al ver venir los sarracenos, temiendo que se apoderasen de ella. Traedme esa cajita, empero no la toqueis sino con gran respeto, porque es una cosa santa.

Alvaro de Palazuelos obedeció, y descubrió en efecto escondido tras unas rocas, un cofrecito de madera de aloe, especie de madera incorruptible con la que estaba hecha el Arca de la Alianza en tiempo de Moisés.

Apenas el buen caballero puso su mano sobre él, cuando se sintió reanimado y con nuevo vigor, reconociendo entonces que era exacto lo que le había dicho el monge, de que aquel cofrecito contenía una cosa santa, y tomándola con precaucion y respeto, fué á entregársela al anciano.

Arrodillóse este delante de él, le besó, y cual si hubiese tenido una estraordinaria virtud á su contacto, se levantó y le dijo:

—Vamos, subid sobre vuestro caballo á fin de que yo monte detrás.

Obedeció don Alvaro, y ciñó con sus dos robustos brazos el cuerpo débil del anciano, para que no cayese del caballo.

Este comenzó á correr, y atravesó con paso rápido el desierto arenal.

Conforme iban adelantándose en su camino, admirán-

dose de no haber alcanzado todavía á sus compañeros, don Alvaro volvió la vista y vió tendidos en tierra, muertos, á los once caballeros que antes le habían acompañado.

—¡Qué lástima, santo padre! dijo con tono doliente haciendo la señal de la cruz.

—Hijo mío, le respondió el religioso, vuestros compañeros eran malos cristianos, y para castigarlos Dios por la dureza de su corazón, ha hecho que cayeran en una emboscada de los árabes que los han muerto después de haberlos robado. Si hubiésteis obrado como ellos, vuestro cadáver estaría entre los suyos..... Caminad en paz, porque vuestra fé y misericordia os han salvado.

Continuaron su camino y llegaron á las puertas de Ubeda, cuando las campanas de la iglesia Mayor hacían la señal de las Oraciones. Bajóse el anciano en cuanto hubo entrado en la ciudad, y guardando cuidadosamente el precioso depósito de la cajita que había llevado siempre consigo, se despidió del caballero, diciéndole que fuese á descansar á su casa, y se preparase á recibir la recompensa debida á la piedad y compasión que le había mostrado.

—Mañana me conoceréis, le dijo, y sabréis el inestimable tesoro que habéis salvado de las profanaciones de los infieles.

Dicho esto desapareció el monge, y don Alvaro se fué al alojamiento donde acostumbraba á posar en Ubeda.

IV.

A la mañana siguiente al despertarse don Alvaro, oyó que las campanas de todas las iglesias de Ubeda tocaban á vuelo, y las trompetas y añafles resonaban en señal de regocijo, corriendo el pueblo por las calles con desusado júbilo, cual si hubiese llegado la noticia de alguna gran victoria alcanzada sobre los sarracenos.

Informóse don Alvaro de lo que ocurría, y le dijeron que la noche anterior había llegado á Ubeda un anciano monge que mandaba el Patriarca de Jerusalem, y traía al rey la reliquia mas preciosa que podía tenerse, cual era la santa corona de espinas, la misma que el Salvador del mundo había tenido en su divina cabeza y teñido con su sacratísima sangre.

Al escuchar aquellas noticias, el caballero estuvo á punto de caer desmayado, porque adivinó que era el religioso anciano á quien él había salvado la vida, y lo que contenía la preciosa cajita que por un momento había tenido en la mano.

Hallábase aun sin volver de su sorpresa, cuando un recadero del palacio del rey don Fernando III, vino á buscarle de parte de este monarca.

Al entrar en la cámara real, vió don Alvaro al piadoso y valiente monarca de Castilla, postrado ante la caja que contenía la sagrada corona, y lloraba con ternura y devoción. A su lado estaba en pie el anciano monge, á quien Alvaro había conducido hasta Ubeda. Llegado al dintel de la puerta, el caballero se postró de rodillas con la mas profunda humildad; pero el rey corrió hacia él, le hizo levantar y le echó los brazos al cuello.

—¡Ah, don Alvaro, don Alvaro! ¡Qué bien habéis obrado! Dios os ha favorecido dándoos la ocasión de salvar la vida á este santo prelado, y arrancar la corona que humedeció con su propia sangre, de las profanaciones de los moros. ¡Cuánto envidio vuestra suerte! Yo como vuestro sobe-

rano, quiero galardonaros tanto, en tanto me es posible el servicio que me habéis hecho. Erijo vuestro señorío de Palazuelos en condado, y os otorgo además en feudo el castillo de Atienza que se halla á él inmediato; vos le defendereis con el valor que habéis mostrado en tantas batallas, de que yo he sido testigo, y transmitiréis vuestro valor y vuestra piedad así eternamente á vuestros sucesores.

Al oír el caballero aquella agradable noticia, al ver verificados en aquel momento los ensueños que había alimentado toda su vida, y logrado el objeto que le había hecho abandonar á su muger y á sus hijos, sintió la mayor alegría y reprimiéndose en cuanto le fué posible respondió modestamente:

—Señor, no merezco esos grandes elogios que me dais, y pues que vuestra bondad ha tenido á bien ascender á un pobre caballero, hago voto de alzar en mi nuevo condado de la villa de Atienza, en honor de la Santa Corona de espinas, una iglesia en que habrá siempre seis monges que oren á Dios por la exaltación de la fé católica y el estermio de los infieles.

—Bien habéis hablado, don Alvaro, repuso el rey, y le dió un nuevo abrazo.

Entonces el monge que había permanecido respetuosamente aparte, levantándose á su vez, se aproximó al caballero y dijo:

—Hijo mío, el rey poderoso de Castilla y de Leon ha pagado su deuda; empero, Dios, que es infinitamente mas poderoso y mas generoso que los reyes de la tierra ¿no pagará también la suya? Muchas veces ese Dios se ha dignado oír mis súplicas y favorecer por mi intercesión, aunque pecador indigno, á los mortales. Mañana voy á volver otra vez á los desiertos de la Tebaida; jamás los hombres volverán á verme, porque he cumplido ya la comisión que me había impuesto el Santo Patriarca de Jerusalem, de poner en manos del rey mas piadoso y valiente de la cristiandad, la corona del Salvador del mundo. Mañana, pues, os aguardaré en la iglesia Mayor de Ubeda: pensad hasta entonces lo que queréis que pida á Dios, y yo me lisongo de que el Señor os lo concederá por el gran servicio que habéis prestado á la cristiandad.

El bueno del caballero se retiró marchando hacia atrás, para no volver la espalda á la santa reliquia, con el corazón penetrado de respeto, de temor y de reconocimiento.

El rey de Jerusalem y emperador de Constantinopla, Juan de Brena ó Juan de Acre, se había visto por la necesidad obligado á abandonar su reino, y recorría la Europa buscando alianzas.

Había logrado casar su hija única con el emperador Federico II, rey de Nápoles y Sicilia. Vino á España á ver al rey Fernando III, que le había recibido con gran obsequio y agasajo á su paso por Leon, á pretexto de ir á visitar el cuerpo del Santo Apóstol Santiago. Había intimado de tal modo el rey de Jerusalem con Fernando III de Castilla, que había logrado concertar su matrimonio, por ser viudo, con una hermana del rey don Fernando, llamada doña Berenguela, la cual se llevó después á Italia. Agradecido á los favores que había recibido de su rey y cuñado, y conociendo su gran espíritu de piedad y de devoción, había hecho que el Patriarca de Jerusalem, que había logrado sustraer del poder de los sarracenos la preciosa corona de espinas de Jesucristo, se la mandase por medio de un reli-